

El último baqueano

ALBERTO GONZÁLEZ
RODRÍGUEZ

EL «baqueano», término familiar para los aventureros de la epopeya americana del siglo XVI, que el diccionario define como, «práctico de los caminos, trochas y atajos», que él se aplicaba a sí mismo, ha perdido con su muerte a su último representante. Miguel de la Quadra-Salcedo. Personaje peculiar al que por mucho que se tratara nunca dejaba de sorprender con la genialidad de sus insólitas e imprevisibles ocurrencias y saberes. Con la imagen de capitán de los tercios de Flandes que le proporcionaba su rubio mostacho a la borgoñona y su envidiable porte de gran personaje; vitalista, imaginativo, incansable, líder nato con una irresistible capacidad de atracción para el dirigentismo, ni su enorme corpachón era bastante para contener tanta personalidad.

Lo conocí en 1959 en el campamento instalado en los inigualables pinares del Raso de la Nava, Covalada. Él 28 años, monitor deportivo; yo, 18, acampado raso. También estaban allí César Pérez de Tudela, Fernando Soto Campos, Leandro Bello Collado, Manuel García Serrano, 'Nube Roja', Ángel Fernández Córdoba, Antonio Navajas, y otros jóvenes que no mucho después descollarían también en el campo de la aventura, el viaje, el montañismo, el deporte y el aire libre.

A partir de entonces mi contacto con Miguel no se rompió, surgiendo un sentimiento de entendimiento y estima mutuos que sucesivos encuentros fueron estrechando. Unas veces era él quien me invitaba a sus correrías, o me pedía informaciones y sugerencias para la organización de sus singladuras; otras era yo el que lo reclamaba. A la Ruta Quetzal me incorporó varios años para que hablara a los muchachos de los conquistadores extremeños. Como iba en nombre del periódico HOY, unas veces me presentaba como «el periodista» y otras como «el profesor». Cada vez que la Ruta pasaba por Extremadura, y fueron muchas, pues a Miguel le fascinaba nuestra tierra, no dejaba de llamarme para que los acompañara algunas jornadas. En la de 2005, por intentar emularlo en una pirueta que realizó en el monte Igueldo, de San Sebastián, me quebré un brazo, que en primera instancia él me entablilló «a la manera quéchua». Él por su parte intervino como invitado en Aula HOY en cuatro ocasiones entre 1997 y 2004. Todas con asistencias masivas que desbordaron la amplia sala del Hotel Zurbarán de Badajoz, sede entonces de nuestro foro. En el que también participaron, por cierto, algunos otros de los del Raso de la Nava.

Garcilaso de la Vega define en el siglo XVI, en dos magníficos endecasílabos, al arquetipo de hombre renacentista, como aquel que, «alarga y suelta a su placer la rienda, mucho más que al caballo al pensamiento». Pues Miguel de la Quadra-Salcedo fue más, pues no solo alargaba a su placer la rienda del pensamiento sino también la de la acción. En alguna ocasión le dije que debía adoptar como mote el que ya usara en el siglo XV el primer conde de Pimental. «A la espada y al compás, más y más, y más y más». Y decía siempre: «Lo pensaré».